

# DIARIO DE UN JOVEN NATURALISTA





# DIARIO DE UN JOVEN NATURALISTA

DARA McANULTY

TRADUCCIÓN DE INMACULADA PÉREZ PARRA



VOLCANO

Título original: «DIARY OF A YOUNG NATURALIST».

Publicado por primera vez en Reino Unido por Little Toller Books, 2020.  
Todos los derechos reservados.

© Dara McAnulty, 2020.

© de la presente edición: PÁPEL K Editorial S.L.

© de la traducción: Inmaculada Pérez Parra, 2020.

© de todas las fotografías: Familia McAnulty.

Primera edición en VOLCANO Libros: noviembre 2020.

VOLCANO Libros

Ávila, 1- 1ªA. 28231 Las Rozas, Madrid (España).

[www.volcanolibros.com](http://www.volcanolibros.com)

Diseño editorial: Javier García.

Diseño gráfico y maquetación: Pedro Viejo.

Corrección: Volcano Libros.

Materias IBIC: BGLA, RNA, RNK.

ISBN: 978-84-949934-9-7

Depósito Legal: M-26152-2020

Impreso en Kadmos. Salamanca (España).

La traducción se rige por el contrato tipo de ACE Traductores.

Todos los derechos reservados, incluidos los de reproducción total o parcial en cualquier formato.

Este libro ha sido impreso en papel Natural de J. Vilaseca, un papel neutro de noventa gramos, sin colorantes y respetuoso con el medioambiente. El texto principal ha sido compaginado con la tipografía Adobe Caslon Pro en cuerpo 12.

## ÍNDICE

Prólogo	9
Primavera	15
Verano	81
Otoño	161
Invierno	217
Glosario	275
Agradecimientos	283



*Para mi familia.*





## PRÓLOGO

ESTE DIARIO ES LA CRÓNICA de la transformación de mi mundo, desde la primavera hasta el invierno, en mi casa, en la naturaleza, en mi cabeza. Viaja desde el oeste de Irlanda, del condado de Fermanagh, al este, al condado de Down. En él registro el desarraigo de una casa, un cambio de condado y de paisaje y a veces del des-arraigo de mi cordura y de mi pensamiento. Soy Dara, un niño, una bellota. Cuando era un bebé mamá me llamaba *lon dubh* (que significa mirlo en irlandés) y a veces me sigue llamando así. Tengo corazón de naturalista, cerebro de aspirante a científico y los huesos de alguien ya agotado de la apatía y la destrucción que se ejercen contra el mundo natural. Al desahogarme en estas páginas expreso mi conexión con la

naturaleza, intento explicar mi manera de ver el mundo y describir cómo capeamos las tormentas como familia.

Empecé a escribir en una casa muy sencilla, rodeado de familias que tenían a los niños encerrados, y de parejas ya sin hijos en casa que arreglaban sus jardines y cortaban el césped con tijeras; sí, lo he presenciado, de verdad. Allí fue donde se empezaron a formar las frases, donde el asombro forcejeó con la frustración sobre la página y donde nuestro jardín (a diferencia de los demás de aquella calle sin salida) se convertía en un prado en los meses de primavera y verano, con flores silvestres e insectos y un letrero que decía «Bee & Bee» (hotel de abejas) clavado entre las hierbas crecidas, donde mi familia y yo pasábamos horas y horas observando la abundancia de la que carecían los demás jardines, divinamente indiferentes a todas las miradas de desaprobación de los vecinos que, de vez en cuando, aparecían por detrás de las cortinas.

Desde entonces nos hemos mudado, hemos cruzado el país para levantar otro hogar, y no por primera vez. Hemos vivido en muchos sitios a lo largo de mi corta vida, hemos llevado una especie de existencia nómada, pero donde quiera que nos instalemos nuestra casa está siempre abarrotada de libros, calaveras, plumas, política, debates desaforados, lágrimas, risas y alegría. Hay gente que cree que las raíces surgen de los ladrillos y el cemento, pero las nuestras se extienden como filamentos de micelio conectados a un pozo de vida vivida en compañía, así que, donde quiera que vamos, echamos raíces.

Mis padres, ambos procedentes de la clase trabajadora, han sido la primera generación de su familia que fue a la universidad y se licenció, y siguen manteniendo vivo el ideal de hacer del mundo un lugar mejor. Eso significa que no somos ricos en lo material, pero como dice mamá, «somos ricos de muchas otras maneras». Papá es, y siempre ha sido, un científico (marino y ahora conservacionista). Saca a la luz los secretos y el conocimiento que esconden los parajes naturales y nos explica a todos los misterios de la naturaleza. La trayectoria profesional de mamá se parece a su manera de cruzar los arroyos: nunca en línea recta. Periodista musical, voluntaria, académica, aún sigue haciendo un poco de todas esas cosas además de darle clases en casa a mi hermana de nueve años, Bláthnaid. El nombre de Bláthnaid significa «la que florece», y en este momento es un hada experta que puede contarte multitud de datos sobre insectos, tiene caracoles por mascota y arregla todos los aparatos eléctricos de la casa (con los que mamá se aturde). También tengo un hermano de trece años que se llama Lorcan, que significa «el fiero». Lorcan es un músico autodidacta que siempre consigue despertar en nosotros pura maravilla y confusión al mismo tiempo. Además, es adicto a la adrenalina: corre montaña abajo, salta al mar desde los acantilados y en general vive la vida con la energía de una estrella de neutrones. Luego está Rosie, una galga rescatada que tiene una flatulencia terrible y el pelaje atigrado, a la que adoptamos en 2014. Es nuestra perra-tigresa. La llamamos «el cojín vivo» y es una compañera y aliviadora de

tensiones maravillosa. Yo, bueno, soy el pensativo, siempre tengo las manos sucias y los bolsillos atiborrados de cosas muertas y (a veces) de excrementos de animales. Antes de ponerme a escribir este diario también escribía un blog en internet. A unas cuantas personas les gustó y me dijeron más de una vez que debería escribir un libro, lo que en realidad es bastante asombroso, ya que un maestro les dijo una vez a mis padres: «Su hijo no podrá hacer nunca un ejercicio de comprensión lectora, mucho menos hilar un párrafo entero». Sin embargo, aquí estoy. Mi voz borbotea como un volcán, y todas mis frustraciones y pasiones podrían explotar y alcanzar el mundo mientras escribo.

Nuestra familia no está ligada solo por la sangre: todos tenemos autismo, todos menos papá; él es el raro y también es con quien contamos para deconstruir los misterios no solo del mundo natural sino también del humano. Juntos formamos una panda bastante excéntrica y caótica. Al parecer, somos bastante formidables. Estamos tan cerca como las nutrias, y apiñados nos abrimos paso en el mundo.





**PRIMAVERA**





EN MEDIO DE LA OSCURIDAD se interrumpen mis sueños. Estoy entre nadar hacia la superficie y salir a respirar cuando la flauta invade mi consciencia. Las paredes del dormitorio desaparecen. El espacio entre la cama y el jardín se estrecha, se convierte en una sola cosa. Me levanto sin moverme, sujeto por la pesadez del sueño. Las notas siguen cayéndome sobre el pecho. Ahora veo el mirlo con el pensamiento, mientras sus flechas de testosterona vuelan como sonatas territoriales propagándose a través del amanecer. Aborto en esta sinfonía, despierto y pensante, mi cerebro empieza a runrunear.

La primavera varía de un espacio a otro, pero para mí las vistas y los sonidos que se arremolinan alrededor de mi vida diaria, desde el cielo a las raíces, son los más mágicos. La primavera es la rana que se cruzó en nuestro camino los primeros días que pasamos en esta casa; nuestro primer encuentro con ella fue un manchurrón de desove dejado rápidamente en la carretera, su camino invisible importunado por la modernidad. Apenados, cavamos con esperanza un santuario acuático: enterramos un cubito de agua lleno de trozos de maceta de barro, guijarros, plantas

y unos palitos para entrar y salir. En realidad, no sabíamos si iba a funcionar. (Para hacer algo más profundo nos habría hecho falta una excavadora para atravesar los bloques de arcilla con los que nos ha bendecido nuestro jardín residencial de Enniskillen). Pero hubo otro encuentro al año siguiente, cuando nuestro amigo anfibio bailó una giga sobre la hierba y se le unió otro y nos dejaron un regalo de huevos de rana en el cubo-refugio. Estábamos exultantes y nuestros gritos de emoción se oían al pie de la colina, ahogando por un momento el ruido de los coches que circulaban de Sligo a Dublín, e incluso el ruido de fondo de la cercana fábrica de cemento.

El flujo y el reflujo del tiempo, interrumpido por lo ya conocido, trae cada año un ciclo de asombro y descubrimiento, como si fuera la primera vez. Una oleada de emoción que no se desvanece nunca. Lo nuevo siempre es tierno.

Primero brotan las violetas silvestres, justo cuando los gorriones sacan el musgo del canalón y el aire se hincha como el pecho de los petirrojos. Los dientes de león y los botones de oro surgen como rayos de sol, señal para las abejas de que por fin es seguro salir. En primavera todo gira alrededor de la observación de cada resurgimiento. Bláthnaid lo celebra recontando las margaritas todos los días y, cuando hay bastantes para hacer una corona, se convierte en la «reina de la primavera»; si le sobra alguna, se hace una pulsera y un anillo a juego para completar la trinidad. Llega un momento, como si fuera magia, en que hay suficientes margaritas para hacer alhajas y amuletos

durante una semana entera, así que nos deja a todos regalos de margaritas por toda la casa.

Me han dicho más de una vez que fui un bebé de la aurora, siempre estaba despierto al amanecer. Nací en primavera, y la sonata del mirlo macho acompañó mis primeras mañanas y alimentó mi cuerpo y mi mente mientras crecía. Quizá su canto fue para mí el primer señuelo de la naturaleza. Mi llamada. Pienso mucho en san Kevin de Glendalough, Caoimhín; me lo imagino de pie con la mano extendida, acunando un nido de mirlo hasta que su único polluelo lo abandona. Caoimhín de Glendalough fue un ermitaño que buscó solaz en la naturaleza. Poco a poco, conforme más gente iba a ver a aquel hombre santo en busca de su consejo y enseñanzas, se fue creando una comunidad monástica.

Me encantan las historias de Caoimhín, quizá porque Caoimhín es el nombre que elegí en mi confirmación. Aunque ahora siento que esa experiencia fue más un paso de la niñez a la edad adulta, mi nombre sigue siendo importante para mí, sobre todo porque su historia demuestra que no dejamos de entrometernos en los parajes naturales y alterar el equilibrio entre el ser humano y la naturaleza. Quizá Caoimhín también sintió lo mismo cuando llegaron más seguidores.

La riqueza de las notas del mirlo. Las puedo distinguir, hasta en el aire más abarrotado. Son el principio de todo, el despertar de muchas cosas. La canción me retrotrae todavía más: tengo tres años y vivo en mi pensamiento o entre cosas salvajes que reptan, se arrastran, aletean. Todas

tienen sentido para mí, la gente no. Estoy en el dormitorio de mis padres, esperando que llegue la luz del amanecer. Lorcan se arrellana entre mamá y papá. Estoy esperando escuchar las notas y llegan justo cuando el primer filo de luz alcanza la cortina. Las sombras doradas desvelan la silueta que he estado esperando: el mirlo escuchando atento desde la ampliación de la cocina, un mensajero celestial en el tejado de los que duermen y empiezan a despertarse.

Cuando llegaba el mirlo, soltaba por fin un suspiro de alivio. Significaba que el día había empezado como todos los demás días. Había una simetría, un mecanismo de relojería. Cada mañana escuchaba y rozaba las sombras sin querer abrir las cortinas y despertar a todo el mundo. Nunca quise destruir el momento. No podía invitar al resto del mundo a entrar con su ajetreo, su ruido, su confusión, así que escuchaba y observaba: los movimientos minúsculos del pico y del cuerpo, las líneas rectas de los cables telefónicos, los intervalos de treinta y dos segundos entre los versos.

Sabía que «mi pájaro» era macho porque una vez me arrastré con sigilo a la planta de abajo, una sola vez, a observar desde las puertas del patio. El tiempo era crudo y gris, pero el mirlo estaba allí, como siempre estaba. Conté y memoricé cada latido, luego volví a subir con sigilo para observar el juego de sombras en la cortina. El mirlo fue el director de orquesta de mis días durante lo que me pareció muchísimo tiempo. Luego desapareció y creí que mi mundo se desharía en pedazos. Tuve que encontrar una forma nueva de despertarme, y fue entonces cuando

aprendí a leer. Primero libros sobre pájaros, luego sobre toda la flora y la fauna. Los libros debían tener ilustraciones fieles y mucha información. Me ayudaron a tender un puente con el sueño del mirlo, me conectaron físicamente con el pájaro. Aprendí que solo los mirlos machos cantan con tanta intensidad y que los pájaros cantan cuando tienen un motivo, como defender su territorio o atraer a una pareja. No cantan para mí ni para nadie. La pérdida de aquella canción en otoño e invierno fue traumática, pero leer me enseñó que el mirlo volvería.

La primavera te remueve por dentro. Todo levita. No hay más remedio que seguir hacia adelante. También hay más luz, más tiempo, más actividad. Todas las primaveras anteriores se fusionan en un collage lleno de materia, de todo lo que importa, y aquella primera primavera memorable, tan grabada y vívida, fue el principio de mi fascinación por el mundo fuera de paredes y ventanas. Todo en él se me imponía con una fuerza amable, me rogaba que escuchara y entendiera. El mundo se volvió multidimensional, y por primera vez lo comprendí. Empecé a sentir cada partícula y a poder transformarme en el mundo que me rodeaba, hasta que no era posible distinguir entre él y yo. Ojalá no lo atravesaran aviones, coches, voces, órdenes, preguntas, cambios de expresión, charlas rápidas que no puedo seguir. Me recliné lejos de todo aquel ruido y del mundo de la gente que lo construye; me abrí entre los árboles, los pájaros y los pequeños espacios apartados que mi madre solía encontrar de forma instintiva para mí en parques, bosques, playas. En aquellos sitios era donde, al

parecer, me podía soltar: inclinaba el rostro concentrado, con una expresión muy seria. Absorbía las vistas, los sonidos.

De pronto mi conciencia va y viene y me doy cuenta de que hay luz fuera y de que el coro del amanecer se ha callado. Se ha roto el hechizo. Es hora de ir al colegio. Estos días tengo la sensación de que las cosas están cambiando. Aquí estoy, en el umbral de mis catorce años, y el mirlo, director de orquesta de mis días, es igual de importante para mí que cuando tenía tres. Sigo anhelando la simetría. Necesito que todo funcione como un mecanismo de relojería. El único cambio es otra forma de despertar: la necesidad de escribir sobre mis días, lo que veo, lo que siento. Entre los embates de la vida, los exámenes, las expectativas (las más altas son las mías propias) aparecen estos brotes, que se están convirtiendo en un engranaje en el ciclo entre la vigilia y el sueño y el mundo que gira.